

las supresiones, variantes, mutaciones de lugar de ciertos parlamentos o hechos, condensaciones en muy diversos aspectos, etc., contribuyen a una sobriedad que, si al auditorio de Cervantes hubiera dado poco aliciente, al espectador actual permite vivir (sin que se deslíe en efectismos propios del teatro del Siglo de Oro) esa dramática intensidad. Pongo como ejemplo la escena del sacrificio, los agüeros y la profecía del cadáver que, echos a un lado por Alberti, han sido restituidos a la versión que comento, si bien con importantes modificaciones respecto al texto cervantino.

En conclusión, la refundición reseñada no es la *Numancia* de Cervantes y no está escrita para devotos y acuciosos cervantistas, sino para un público de teatro de nuestro medio y nuestro momento. Demuestra, sin embargo, la comprensión de la tragedia original, junto con habilidad y olfato literarios suficientes para lograr un texto no sólo decoroso sino bellamente eficaz para sostener una ideología que, si en las partes introductorias de esta edición es evidente alegato sociopolítico, en la versión misma se transmuta en buena literatura dramática. Tal me pareció al presenciar su representación, y ese parecer se ha reafirmado al estudiar comparativamente ambos textos.

TERESA AVELEYRA A.

El Colegio de México.

HENRY ETTINGHAUSEN, *Francisco de Quevedo and the neo stoic movement*. Oxford University Press, London, 1972; 178 pp.

En este denso y documentado estudio, Ettinghausen dirige nuestra atención hacia ciertas obras "menores" de Quevedo, las que defienden la filosofía estoica o reflejan las ideas de ésta: la *Doctrina estoica*, la *Defensa de Epicuro*, *La cuna y la sepultura*, la *Virtud militante*, la *Constancia de Job* y la *Providencia de Dios*, y las traducciones de Quevedo de dos obras clásicas, el *Epicteto español* y el seudoseneciano *Remedios de cualquier fortuna*. La filosofía estoica de Séneca —quien por un accidente de nacimiento ha gozado siempre de la especial atención de los españoles— es esencial componente del pensamiento del humanista castellano, y éste, por su parte, es quien mejor representa en España el movimiento neoestoico que siguió, y en parte reemplazó, al erasmista.

Problema fundamental para los neoestoicos era la reconciliación del estoicismo, que defiende el suicidio y la apatía, con el cristianismo. Por consiguiente, es tema central de estas obras de Quevedo el examen de las ideas de Séneca y Epicuro como medio para demostrar su compatibilidad con los preceptos cristianos; en el caso de Séneca, opina Quevedo que se nota en sus obras el influjo directo de los primeros cristianos.

En contraste con críticos anteriores, Ettinghausen ve una posición frente al estoicismo aun en las obras literarias de Quevedo —los *Sueños*

y el *Buscón*—; Pablos, protagonista del *Buscón*, representa la antítesis de la sabiduría estoica. Sin embargo, Quevedo adopta una actitud desconocida en Séneca, al incorporar a sus obras una crítica a la sociedad y la decadencia de la España del siglo xvii.

Como el título sugiere, este libro es sólo en parte un análisis y explicación de las mencionadas obras de Quevedo. Es también un estudio de su pensamiento y de sus amistades —Justo Lipsio, Mártir Rizo— relacionadas con el neoestoicismo español. Sirve como complemento excelente a los muchos estudios que sólo ven a Quevedo como autor de obras literarias y políticas.

DANIEL EISENBERG

Florida State University.

FRANCISCO SANTOS, *El no importa de España y La Verdad en el potro*. Estudio y edición de Julio Rodríguez Puértolas. Tamesis Books, London, 1973; lxxv + 205 pp.

El interés de los dos textos de Santos que nos facilita esta edición estriba, en parte, en la nueva luz que sobre ellos proyecta el prólogo de Rodríguez Puértolas. Desarrollando aquí unas ideas expuestas en trabajos anteriores (véanse los dos artículos recogidos en *De la Edad Media a la edad conflictiva*, Madrid, 1972), aboga no por una total reivindicación de Santos, sino por una reconsideración de los criterios con que se le suele enjuiciar. Santos no es, en su opinión, el autor costumbrista que presentan los manuales, sino un testigo privilegiado de la decadencia nacional, que vivió, como muchos contemporáneos suyos, el conflicto de numerosas contradicciones. “¡Ah, pobre España!”: este lema de Santos con que ha encabezado Rodríguez Puértolas su edición expresa de modo elocuente la amargura de la visión que se ha propuesto destacar. Preocupación que encaja perfectamente en la línea de este distinguido continuador de la obra de Américo Castro.

Es cierto que Santos, con el odio instintivo que siente por toda novedad (“Mirad el otro, que inventó nuevo modo de sembrar...”, dice con sarcasmo en la p. 36), con el deseo —tan contrario al de “echar siete llaves al sepulcro del Cid”— de que resucitara Rodrigo Díaz de Bivar, ofrece un terreno de elección para el estudio de los mitos característicos del casticismo hispánico. A este respecto, también son reveladores los títulos *completos* de las dos obras aquí reeditadas: *El no importa de España, loco político y mudo pregonero* y *La Verdad en el potro y el Cid resucitado*. Se publicó la primera en 1667, poco tiempo después de la muerte de Felipe IV, reiteradamente elogiado en ella; la segunda en 1671, y sugestivamente relaciona Rodríguez Puértolas las esperanzas que despertó la “marcha sobre Madrid” de Don Juan José de Austria (1669) con el mesianismo que en ella se advierte (p. lxx).

Ambas desarrollan la consabida ficción del sueño o de la visión fantástica en que desfilan, de un modo aparentemente arbitrario, un